



Número de 6 páginas

UN PRIMER MARQUÉS

¡La unión de los liberales! ¡Bien! Pero antes de definírnosla bien nos la empiezan a cantar y esto... ¡malo! Cuando leemos que en un discurso, más o menos jocofloralesco — o jocoso floral, — se entonó un himno a la patria, al ejército o a las mujeres de Orbaneja, torcemos el gesto. Esos cantos nos escaman. Y estamos oyendo la música de esa unión sin habernos percatado bien de su letra. Y es música de lírica de flauta y no de cítara.

La unión... ¡bien!; pero ese primer marqués... Nos referimos al señor García Prieto, primer marqués de Alhucemas.

Apenas si conocemos a este respetable señor. No le hemos visto más que una vez, por cierto en un entierro, en el que nos dijeron señalándonoslo: «Ese es García Prieto.» No le hemos oído ni media palabra; no conocemos, de ciencia directa, ni el sonido de su voz, aunque nos han dicho de él. Sabemos de su actuación pública lo que saben todos los españoles que siguen con interés nuestra pobre historia política — y no es ello mucho, — y tenemos buena idea de su seriedad. Pero eso de ser primer marqués... el que estrenó el título...

El conde de Romanones heredó el suyo; su título es de herencia. Como lo fué antaño el del marqués de Albaida, don José María de Orense, y el del marqués de Santa María y el del marqués de Sardoal. Pero estos primerizos...

En cierta ocasión se les reunió allá en mi tierra nativa a unos cuantos industriales y financieros para proponerles la implantación de uno de esos improvisados negocios plusultraístas, con cuyo ensueño de siesta se apacientan ciertas anémicas imaginaciones juliovernescas. El asunto era a unos astilleros en una de las rías de Galicia u otro desatino por el estilo. Y como los cautos y expertos hombres de negocio lo rechazaron paladinamente, tuvieron que oír que parecía mentira que cerraran así su concurso y sus bolsas a aquel proyecto plusultraísta cuando se había repartido entre ellos tantas grandes cruces, tantos condados, tantos marquesados, tanto título. El argumento del reproche era inefable. Y ahora ese primer marqués...

No, no es que creamos que por ser primer marqués de Alhucemas vaya el yerno del señor Montero Ríos a comprometer su fortuna en un proyecto de hacer puerto de mar a la ciudad de Astorga; ¡tenemos mejor idea del buen sentido de

don Manuel García Prieto y creemos que no se embarcaría en ese negocio si a alguien — que ya todo cabe en este desenfreno de juliovernisismo plusultraísta — se le ocurriera forjar esa pesadilla en un acceso de fiebre financiera. Presentimos que el primer marqués de Alhucemas no sabe muchas cosas, pero que las que sabe las sabe bien y que sabe no saber las que no sepa, y además que aunque no haya dado pruebas de ser un hombre de gran imaginación no tiene ésta enferma. Que a anemia, a pobreza de sangre imaginativa — la sangre en este caso son los conceptos — se deben no pocas fiebres de la imaginación. Los más grandes poetas no sueñan; ven.

Lo que tememos es que a ese liberal y demócrata primer marqués de Alhucemas, por grandes que sean su liberalismo y su democracia, se le enreden en la primicia del marquesado, en el noviciado de éste.

De la raíz libre derivan liberal, libertario y libertino, y de liberal, aun en el sentido político, liberalidad. Y es la liberalidad a la libertad lo que la veracidad es a la verdad. El liberal es el veraz de la libertad, el que sabe confesarla y proclamarla. Y nuestros padres y abuelos, los liberales españoles de 1812 y de 1820, oponían a liberal, servil, y a liberalismo, servilismo. Y nosotros oponemos a liberalidad servilidad, que acaso no estaría mal llamarla «servileza».

«¿Es que un marqués ha de ser servil?» — se nos dirá. ¡Un marqués precisamente no! Nadie se ha erguido más arrecho frente a ciertos abusos que los antiguos condes; pero un primer marqués... En lo de primero está el peligro...

Demócratas... demócratas... Nos fiamos menos de la democracia que del liberalismo. Los liberales de verdad, hasta los del despotismo ilustrado, han transigido menos con ciertos excesos. Hay hasta demagogos que se conchaban con la Corona bajo una específica G. de Dios. El «demo» y el «mono» pueden alguna vez unirse contra la libertad. El imperialismo suele ser demagógico.

Si la unión de los liberales ha de ser de liberales y para salvar la liberalidad política tiene que empezar por hacer desaparecer la ambigüedad radical de nuestra Constitución yacente — no vigente, — la de 1876, y con esa ambigüedad todo resto de sentido patrimonialista tiene que hacer desaparecer el absurdo principio maniqueo de la co-soberanía. Ateísmo, monoteísmo, panteísmo, lo que se quiera, pero ¿diteísmo? ¿Maniqueísmo? ¿Dualismo de soberanía? ¡Eso nunca! Las monarquías constitucionales están llamadas a desaparecer, como ha escrito el conde de Romanones. Que no es un primer conde, que sepamos; que es hijo de un marqués.

Miguel de UNAMUNO.

